

ERSKINE, Andrew (ed.), *A companion to the Hellenistic world*, Oxford, Blackwell Publishing, 2003, XXVIII + 588 págs.

1. Primero, sobre el título de *companion*. Según la edición de 2001 del *Diccionario de la Real Academia Española*, un vademécum es un “libro de poco volumen y de fácil manejo para consulta inmediata de nociones o informaciones fundamentales”. El libro objeto de esta reseña no es de poco volumen, puesto que abarca 616 páginas, pero sí aspira a abarcar las nociones y los datos fundamentales de la época helenística, que los autores conciben como el periodo entre la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.) y la de Augusto (14 d. C.); además, en inglés, la palabra *companion* indica cualquier libro de referencia, independientemente de su tamaño.¹ Todo esto sugiere que por *companion*, la editorial Blackwell, que anuncia toda una colección de ellos (p. II) quiere dar a entender que se trata de adentrar al lector más allá de lo que lo haría una mera introducción aunque, por el contenido, como se verá, parece hecho para no iniciados.

El editor es profesor de la universidad irlandesa de Galway y ha reunido a un grupo de treinta especialistas en el tema, provenientes de Canadá, los Estados Unidos y buena parte de los países de Europa occidental, aunque es curioso advertir la ausencia de personas de Francia e Italia, sedes de eminentes estudiosos del periodo.

¹ Cfr. James H. Murray (ed.), *A new English dictionary on historical principles, founded mainly on the materials collected by the Philological Society*, 13 vols., Oxford, Oxford Clarendon Press, 1893-1933, s.v.

PALABRAS CLAVE: cambio, companion, economía, helenístico, sociedad, oportunidad.

RECEPCIÓN: 9 de junio de 2004.

ACEPTACIÓN: 30 de septiembre de 2004.

Es notable la abundancia de tratados sobre el asunto en inglés aparecidos desde 1981. En efecto, a partir de entonces se han publicado *El mundo helenístico*, de Frank W. Walbank; el volumen VII-1 de la nueva edición de la historia antigua de Cambridge, *Alexander to Actium*, de Peter Green, y *El mundo griego después de Alejandro*, de Graham Shipley.²

2. La obra reseñada se divide en siete partes, una narrativa y las otras disertativas. Es interesante ver que, tácitamente, los autores se apartan de visiones como las de Hayden White o Paul Ricoeur, que tienden a concebir el discurso histórico como irremediamente narrativo.

En todo caso, la narración es la primera parte y ello indica que los autores consideran conveniente orientar al lector en el desarrollo de la historia política —puesto que de ello trata el relato— antes de pasar a asuntos de otro tipo. Éstos son “protagonistas”, “cambio y continuidad”, “griegos y otros”, “sociedad y economía”, “dioses y hombres” y “artes y ciencias”, temas que parecen escapar a cualquier visión sistemática de la historia, y más bien parecen de contenido literario, ya que todos podrían encuadrarse en “sociedad y economía” o en “cambio y oportunidad”. En ninguna parte se explica esta estructura y, en cambio, el prefacio (p. XVII) proporciona información irrelevante, como el hecho de que el libro fue “concebido durante una estancia sabática en Roma el año del jubileo de 2000”, o que “el primer colaborador fue convencido en una comida en el Trastevere, rociada de no poca grappa”. Habrá que analizar, pues, el contenido de cada parte y su pertinencia.

“Protagonistas” abarca cuatro capítulos y se refiere a algunos de los reinos helenísticos y de las dinastías que los gobernaron: “Los Ptolomeos y Egipto”, por Dorothy J. Thompson; “Los Seléucidas y Asia”, por Michel Austin; “Macedonia y el continente, 280-221”, por Josephine B. Scholten, y “Los Atálidas de Pérgamo”, por Elizabeth Kosmetatou. El título es por consiguiente vago. Extraña que se

² Frank W. Walbank, *The Hellenistic world*, Atlantic Highlands, Fontana, 1981 (hay traducción española: *El mundo helenístico*, Madrid, Ediciones Taurus, 1985); F. Walbank et al. (eds.), *The Cambridge ancient history*, vol. VII-1. *The Hellenistic world*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1984; Peter Green, *Alexander to Actium*, Berkeley, California University Press, 1990 (reeditado), y Graham Shipley, *The Greek world after Alexander 323-30 B.C.*, London, Routledge, 2002 (también de este libro hay una traducción al español).

excluya del todo a las islas del Egeo, así como a Magna Grecia y Sicilia, aunque estas últimas son incluidas en el apartado “Grecia y otros”; también hubiera sido preferible haber dedicado un capítulo aparte a la polis, tan vital aún, y otro a las confederaciones; y parece desacertado considerar protagonista a un estado de importancia secundaria (Pérgamo) y omitir a los otros, o al revés.

“Cambio y continuidad” abarca temas cuya unidad no se entiende: “Reyes”, “Ciudades”, “El pasado en un presente helenístico: el mito y la tradición local” y “Espacio y geografía”, por John Ma, Richard Billows, Tanja S. Scheer y Klaus Geus, respectivamente. “Griegos y otros”, un rubro de identidad clara, abarca “La ciudad y el campo en el Egipto ptolemaico”, por Jane Rowlandson; “Judíos y griegos”, por Erich S. Gruen; “Los gálatas: representación y realidad”, por Stephen Mitchell, y “Más allá de griegos y bárbaros: Italia y Sicilia en la época helenística”, de Emma Dench. La omisión obvia es la de los romanos fuera de Italia, pero no sobrarían tampoco capítulos sobre los persas, el resto de los galos, los tracios y otros. La falta de espacio es una limitante obvia, pero como no se explican las inclusiones, tampoco se entienden las exclusiones.

En “economía y sociedad” hay capítulos sobre “Estructuras familiares”, por Riet van Bremen; “La economía”, por Gary Reger; “Leyendo el paisaje. la arqueología de prospección y la *oikouménē* helenística”, por Susan E. Alcock y otras; “El arte de la guerra”, por Patrick Baker, y “La piratería y la trata de esclavos”, por Vincent Gabrielsen; pero no sobre las clases sociales, el comercio o, en general, las relaciones sociales de producción no esclavistas, las formas de propiedad, etc.

“Dioses y hombres” consta de dos capítulos. David Potter es el autor del primero, “Religión helenística”, y Angelos Chaniotis lo es del segundo, “La divinidad de los gobernantes helenísticos”. Cuatro capítulos conforman el apartado final sobre “Artes y ciencias”: “Imperios del conocimiento: medicina y salud en el mundo helenístico”, de Rebecca Fleming; “Las instituciones de la filosofía helenística”, de Philip Mitsis; “La literatura y sus contextos”, de Richard Hunter, y “El arte helenístico, 1500-2000 d. C.”, de Andrew Stewart. Hubiera sido muy pertinente incluir algún capítulo sobre el contenido de la filosofía o sobre el arte helenístico en la época helenística.

Todos reconocemos que es imposible abarcar todo, incluso en libros de seiscientas páginas; pero es indispensable, para su comprensión y justificación, explicar los criterios de selección.

3. A continuación, se presentará un análisis de cada capítulo sin seguir el orden del libro. Primero, se examinará la sección sobre la religión, que me parece definitorio en la concepción del periodo; luego se presentarán los capítulos más criticables, y, finalmente, el resto, en el orden en que aparecen en el libro.

A mediados del siglo XIX, Johann Gustav Droysen postuló la idea de que en los reinos surgidos a raíz de la muerte de Alejandro se dio una fusión de la cultura europea y la asiática, y que el producto más importante de ella fue el cristianismo.³ Droysen era un hegeliano crítico para quien el desarrollo de la conciencia era un factor fundamental en la historia, idea que compartía con otros pensadores de aquel siglo como Carlos Marx y Augusto Comte. Ahora esta idea puede parecer equivocada, pero no se puede negar la importancia del cristianismo en la historia, puesto que se convirtió en la religión oficial de Roma en el siglo IV, se extendió por Europa en la edad media, y fue la ideología de la expansión ultramarina europea a partir del siglo XV. La influencia del cristianismo ha sido tan profunda en la historia, que aún ahora se recurre a una cronología que divide el tiempo en una era anterior y otra posterior al nacimiento de Cristo. La importancia misma de esta religión reclama pues aclarar su origen en términos históricos y, aunque sea imposible seguir los postulados de Droysen como él los planteó, es necesario reconocer que el cristianismo contiene elementos de sincretismo, que es un desarrollo del judaísmo que toma en cuenta creencias del paganismo, sobre todo de aquél de la época helenística. Es por ello que la sección sobre la religión es tan importante en cualquier libro sobre esta época y, en concreto, en el libro objeto de esta reseña.

4. En su introducción al capítulo “Religión helenística” (pp. 407-430, en las pp. 407-408), David Potter afirma que el “elemento que tal vez parezca más notoriamente nuevo” es “el uso de fórmulas de culto para honrar a personas vivas”. A continuación, el autor declara que su

³ *Geschichte des Hellenismus*, edición de Erich Bayer, introducción de Hans-Joachim Gehrke, 3 vols., Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1998. Sobre Droysen, véase mi libro *Dos aproximaciones a la historiografía de la antigüedad clásica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994. De esta obra de Droysen, sólo se ha traducido al español el primer volumen de la segunda edición con el título *Alejandro Magno*, publicado en México por el Fondo de Cultura Económica (1995), en traducción de Wenceslao Roces.

propósito es examinar en qué sentido estos cultos eran novedosos en la polis. En relación con esto, plantea la influencia de los nuevos estados territoriales (los reinos helenísticos) y la de las religiones del extremo sudoccidental de Asia, lo que incluye las religiones egipcia, judía, mesopotámica y persa, entre las más importantes. Estos planteamientos concuerdan en todo con los de Droysen, menos en sostener que el periodo mismo debe definirse con base en esto. De hecho, el autor comienza este capítulo poniendo entre comillas la calificación de helenística a la religión del periodo para poner en evidencia su nula obviedad.

En un apartado sobre continuidad (pp. 408-413), Potter examina la religión en la polis que siguió sin cambios: “Dentro de la polis las estructuras básicas de la organización y la teoría religiosas siguieron en gran parte inalteradas” (p. 408).

En la página 419 se explica la división de la parte religiosa en dos capítulos; se empieza por afirmar que el

culto al benefactor y la extensión de éste al culto del héroe, pueden verse como desarrollos lógicos de instituciones existentes de la polis y extensiones que hubieran tenido lugar incluso si Filipo o Alejandro nunca hubieran vivido ... Es importante mantener el culto a los benefactores dentro del contexto cívico, separado del culto a los gobernantes, una extensión de aquel, que se movió en una dirección completamente nueva.

Es imposible saber lo que hubiera pasado si Filipo o Alejandro no hubieran vivido. El caso es que así fue, y es imposible y fútil tratar de saber qué hubiera pasado en caso de que la historia hubiera sido distinta.

Es interesante la introducción de la sección sobre “interacciones” (p. 419). En ella dice Potter:

El intercambio entre tradiciones griegas y no griegas del pensamiento religioso es, con mucho, la característica más importante del periodo helenístico desde la perspectiva de la historia más amplia del pensamiento religioso. Como veremos, no había un modelo que se adaptara a todas las formas de contacto, y se evitará el uso de una palabra en la descripción de cualquiera de ellas. La palabra es “sincretismo”, la cual, en estudios religiosos describe la influencia de una religión sobre otra ... Pero las formas de interacción son tan variadas que hacen el término virtualmente

sin sentido — en lugar de decir que alguna conducta es el resultado de “síntesis sincrética” ... o “evolución sincretística”, es tal vez mejor conformarse con términos como síntesis, simbiosis, aculturación, transformación, distorsión, absorción. Tal vez es más útil examinar paralelismo, interacción e identificación, todos los cuales han sido identificados como diferentes formas de ‘sincretismo’ en su propio derecho, en lugar de características de otra cosa. Al hablar de la evolución de las ideas acerca de los dioses puede ser mejor pensar en confrontación o teocracia (*theocracy*, un término bastante útil para describir la manera en que los cultos de muy diversos tipos llegaron a parecerse). Hay amplios testimonios de todos estos fenómenos en las fuentes sobre interacción religiosa entre griegos y no griegos en los siglos después de Alejandro.

Encuentro mucho de cuestionable en este párrafo sobre método. Más que describir una cosa que está fuera y tiene una existencia propia en la que todos estén de acuerdo, las categorías históricas y sociológicas son maneras de concebir algo cuya existencia misma está en tela de juicio. En segundo lugar, aunque hace referencia, en una parte extraída de la cita a dos obras, una sobre el sincretismo y otra sobre la religión helenística,⁴ no está claro cuál sea la posición de sus respectivos autores sobre el sincretismo ni si son ellos u otros quienes sostienen la idea de una síntesis sincrética. La alternativa que propone Potter es renunciar a un solo término y recurrir a varios. Parece que, en el fondo, hay un desacuerdo, nunca expresado, con Droysen, y una consecuente tendencia a ignorar el surgimiento del cristianismo al desconectarlo de sus antecedentes. De hecho, al hablar de Yavé, el autor lo equipara con Atargatis, con el argumento de que ambos compartían “un pronunciado elemento henoteístico”, pero es claro que los creyentes de Atargatis no eran monoteístas, mientras que los de Yavé, es decir, los judíos, sí lo eran.⁵ Todo se plantea como si los contactos entre las religiones no hubieran tenido consecuencia alguna. Será interesante analizar cómo se plantea el surgimiento del cristianismo en el *companion* sobre el Imperio

⁴ Ellas son Carsten Colpe, “Syncretism”, en Mircea Eliade (ed.), *The encyclopedia of religion*, 16 vols., New York, Macmillan, 1987, XIV, pp. 218-227, y Luther H. Martin, *Hellenistic religions. An introduction*, Oxford, Oxford University Press, 1987.

⁵ Cfr. Monika Hörig, “Dea Syria-Atargatis”, en Hildegard Temporini y Wolfgang Haase (eds.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, Berlin, Walter de Gruyter, II-17.3 (1984), pp. 1536-1581.

Romano que edita precisamente Potter (p. II). Esta posición se refleja en las conclusiones, donde se dice (p. 429) que los conceptos de helenización y sincretismo son poco útiles “en describir un resultado final (un blanco móvil en todo caso)”.

5. En el capítulo sobre “La divinidad de los gobernantes helenísticos” (pp. 431-45), Chaniotis empieza por reconocer que los griegos siempre creyeron en dioses que nacieron como mortales (nombra a Asclepio, Dioniso y Heracles, p. 432), y afirma que lo nuevo es el hecho de que los reyes y sus familias fueran honrados como dioses y que, a su muerte, fueran considerados divinidades. A continuación, expone el origen y el desarrollo de estas prácticas, tomando en cuenta sobre todo la relación entre las polis y los reyes, y la organización y el contenido de los cultos. La última sección sobre el “significado histórico” de todo esto es sin duda la más importante. Con base en el testimonio de decretos honoríficos de polis, Chaniotis señala que el culto a los reyes en vida fue introducido por las polis mismas:

para establecer una relación cercana con un monarca y expresar directamente, tanto su gratitud por beneficios pasados, como sus expectativas de otros futuros (p. 440).

A continuación, hace notar que este fenómeno no difiere de las relaciones entre los mortales y los otros dioses en cuanto se establecía una relación recíproca de intercambio de servicios y beneficios. A ellos se adherían también los pueblos nativos de los reinos y las guarniciones acantonadas en polis. El culto era también privado, e influyó en las relaciones entre las polis y otros benefactores de rango inferior. Su éxito se comprueba al observar que los cultos continuaron después de la extinción de las dinastías y se rindieron también a generales y emperadores romanos.

Se trata pues de una síntesis basada principalmente en fuentes epigráficas y que toma en cuenta muchos aspectos, salvo su relación con el cristianismo, que se reduce a la frase final en una exposición bibliográfica: “es posible que el *adventus* ceremonial influyera en la liturgia cristiana primitiva” (p. 445). El *adventus* era la llegada de algún rey helenístico o emperador romano. El hecho de que el cristianismo surgiera como una religión monoteísta en el siglo I después de Cristo haría pensar que merece más comentarios que la frase citada.

Una vez analizados los capítulos sobre religión, aparece clara la razón de su división, pero incluso entonces parece artificiosa: primero se trata la continuidad y luego de lo nuevo, separando realidades coexistentes e ignorando cualquier consecuencia histórica; los autores tratan la religión helenística como algo cuyos efectos terminaron con el reino de Augusto, aunque Chaniotis reconoce *expressis verbis* que no fue así (pp. 442-443), porque hubo manifestaciones más importantes que la continuación de los cultos dinásticos y la divinización de los emperadores, pero sin explicar cuáles fueron ellas ni cuánto más importantes fueron, ni esas omisiones.

6. Sin ser el capítulo más criticable, el vigésimo, intitulado simplemente “La economía”, de Gary Reger (pp. 331-353), es muy representativo de la actitud ante la teoría de los autores del libro, por lo que su análisis en este lugar puede aclarar muchas cosas.

Reger empieza por clasificar las posiciones sobre la economía en la antigüedad clásica en dos “dimensiones”: “la dicotomía ‘primitivista-modernista’” y la dimensión “formalista-sustantivista”. Me parece que la comprensión de esta clasificación se facilitará con la cita del párrafo siguiente:

El análisis a lo largo del último siglo acerca de la economía helenística ha operado en dos dimensiones principales. Una es la dicotomía ‘primitivista-modernista’. El punto de vista ‘modernizante’ (asociado, no siempre con justicia, con Mikhail Rostovtzeff,⁶ pero que se remonta a Eduard Meyer) concibió la economía helenística dominada por mercados que fijaban los precios y abarcaban todo el mundo helenístico. Las empresas ‘capitalistas’, que operaban a escala considerable, producían, transportaban y vendían bienes a lo largo de grandes distancias en mercados completamente monetizados. El punto de vista rival ‘primitivista’ (asociado con M. I. Finley, pero que se remonta a Karl Bücher) argumentaba, en cambio, a favor de una economía antigua compuesta por una enorme cantidad de unidades pequeñas y autárquicas (autosuficientes) —a veces, pero no siempre, equivalentes a una *polis*— que operaban casi sin interacción. La otra dimensión era la ‘formalista-sustantivista’. Los formalistas veían la economía como una esfera separada, como la economía actual, aunque de manera menos compleja. Los sustantivistas (de nuevo Finley, siguiendo sobre todo a Karl Polanyi), en cambio, veían a la economía como algo

⁶ A mí no me parece tan injusta esta asociación, aunque Rostovtzeff no haya sido el más extremo de los modernizantes.

“socialmente incrustado y políticamente sobredeterminado y, por tanto ... obviamente convencional, irracional y plagado de status”.⁷

En mi opinión, una clasificación más atinada sería dividir las posiciones en historicista y ahistoricista. Los sustentadores de la primera se identifican tanto como con los primitivistas como con los sustantivistas, y los de la segunda, con los formalistas y los modernistas. La diferencia decisiva entre ambas consiste en que, mientras los ahistoricistas identifican la economía y el capitalismo, los historicistas postulan la incidencia de cambios estructurales (como la revolución industrial) y cambios no tan drásticos que inciden estructuralmente en el funcionamiento de la economía, por lo cual las categorías diseñadas para entender y explicar la economía capitalista, al aplicarlas a otros sistemas, resultan en anacronismos. Si esto es así, la posibilidad avizorada por Reger de encontrar un tercer paradigma explicativo más complejo que tome elementos de las cuatro posiciones se aleja, pues, aunque los modelos explicativos ciertamente pueden afinarse y volverse más complejos, siempre caerán dentro de las posiciones historicista o ahistoricista.

Si esto es así, es necesario plantearse si las formaciones económico-sociales helenísticas (concepto ciertamente ajeno a Reger) eran capitalistas o no, y si se pueden definir positivamente de alguna manera. A lo primero parece inevitable responder con un no, pues, aunque había capital, éste no dominaba las relaciones sociales de producción (concepto que tampoco maneja el autor), y, en cuanto a lo segundo, parece necesario distinguir entre un área de esclavitud comercial que abarcaría la parte occidental desde Magna Grecia hasta la costa occidental de Anatolia, y otra oriental que se extendería desde el interior de esta misma península hasta el valle del Indo, incluyendo Egipto. Ahí predominaba la esclavitud ilótica.⁸

⁷ La caracterización está tomada de palabras de Paul Cartledge extraídas de su artículo “The economy (economies) of ancient Greece”, *Dialogos*, V, 1998, pp. 4-24, republicado en Walter Scheidel y Sitta von Reden (eds.), *The ancient economy*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2002, pp. 11-32. Están en la p. 15 de la republicación.

⁸ Por esclavitud comercial entiéndase el régimen económico en el que los esclavos son mercancía. Vidal-Naquet llama esclavitud ilótica a la del tipo espartano donde los esclavos son propiedad del estado y no pueden ser objeto de

Pero, más que proponer una interpretación alternativa, tarea impropia de una reseña, es necesario analizar la interpretación híbrida que propone el autor.

Reger examina las “precondiciones” físicas (no entiendo por qué las precondiciones y no las condiciones), “los recursos humanos”, las “formas de movimiento” —con lo que se refiere al transporte—, las instituciones de la economía: ¿cuán monetizada estaba la economía?, ¿acaso los estados tenían políticas económicas? y, finalmente, el impacto de Roma.

Las “precondiciones” físicas se exponen brevemente en dos párrafos, el primero sobre la geografía del Mediterráneo y el segundo sobre la del resto del mundo helenístico, lo cual, aunque conciso, es sin embargo un tema que no se trata en el capítulo sobre la geografía y su oportuna exposición es condición necesaria para entender la economía.

Pasa Reger a ocuparse de otro aspecto básico, que es la demografía. Destaca la fundación de ciudades de dimensiones sin precedentes en el mundo griego. Es cierto, como dice, que los patrones de colonización cambiaron; pero, aunque aduce algunos casos de colonización de Grecia por orientales (p. 335), es evidente que la tendencia con mucho prevaleciente consistía en la fundación de ciudades o la emigración individual de griegos hacia el mundo oriental. Extrañamente, la discusión sobre la esclavitud aparece en esta sección, como parte de la mano de obra. En su último párrafo se menciona la esclavitud ilótica, pero se omite el área oriental y sólo se trata de casos en polis, donde ella era excepcional. Tampoco se menciona en este contexto el libro de Heinz Kreißig, *Economía y sociedad en el reino selúcida (Wirtschaft und Gesellschaft im Seleukidenreich)*, Berlin, Akademie-Verlag, 1978), que es el tratamiento más sistemático sobre el asunto y aparece en la bibliografía, mientras que el libro de Iza Biezunska-Malowist sobre la esclavitud en el Egipto ptolemaico ni siquiera aparece ahí.⁹

En la sección sobre el transporte, se hace una descripción sin tomar en cuenta la escala y la importancia de lo que enumera. Toma como fuente importante los sellos de las ánforas tacias, que se han encontrado

comercio. Esta distinción fue analizada con mucho detalle por Elisabeth-Charlotte Welskopf.

⁹ *L'esclavage dans l'Égypte greco-romaine, I: Période ptolémaïque*, Warszawa, Polska Akademia Nauk, 1974.

sobre todo en el Mar Negro, pero el análisis se limita al prehelenístico siglo IV, sin explicar por qué no se escogió cualquiera de los tres siglos helenísticos y sin dar muestras de saber que entre los siglos IV y III, precisamente por la transición a la época helenística, se estableció el rey Lisímaco en Tracia (323-281) y controló los estrechos de los Dardanelos y, con ello, el camino entre Tasos y el Mar Negro.

Extrañamente, de las instituciones de la economía, Reger trata la fijación de precios, los bancos, las finanzas y el crédito, la polis, las formas de cooperación interestatal, los reinos helenísticos y el dinero. Describe estos rubros como “seis de muchas posibilidades” (p. 339), pero no se le ocurre que pueda ser necesario explicar la importancia de cada una y elegir temas siguiendo un criterio. He dicho que es extraña la fijación de precios. El autor aduce casos de polis que regulaban el precio de alguna mercancía, pero no se ve cómo esos reglamentos pudieran conformar una fijación de precios general. Lo mismo se puede decir del resto de la sección: se trata de una colección de ejemplos cuyo significado queda inexplicado.

Así, al tratar de contestar la pregunta de qué tan monetizada estaba la economía, Reger no se molesta en definir qué entiende por monetización, sino que se limita a enumerar lo que se pagaba con dinero. El lector se queda pues sin respuesta.

Lo mismo se puede decir de las últimas dos secciones.

En resumen, Reger es un empirista que supone que, con los modelos históricos, los historiadores que los proponen tiene la pretensión de explicar todos los datos, por lo que basta con encontrar uno que lo contradiga para refutarlo enteramente.¹⁰ En realidad, los modelos son un intento de explicar fenómenos generales proponiendo una idea general con el fin de entender la dinámica de una sociedad dada, y los empiristas siempre encontrarán datos que vayan en contra de esa explicación general, sin que ello pruebe en absoluto que el modelo es defectuoso. En consecuencia, el único mérito del capítulo es la recopilación de datos, muchos de ellos epigráficos, que apenas pueden servir para empezar a interpretarlos y buscarles un sentido.

¹⁰ Véanse las observaciones análogas que hace Keith Hopkins a las críticas de Richard Duncan-Jones, en “Rome, taxes, trade and rent”, *Kodai. Journal of Ancient History*, VI/VII, 1995/1996, pp. 41-75, ahora en la *op. cit.* de Scheidel y von Reden (n. 7), pp. 190-230. Las referencias a Duncan-Jones pueden encontrarse mediante el índice.

7. El capítulo más criticable me parece ser el de Klaus Geus, “Espacio y geografía” (pp. 232-245). En él, su autor presenta a Alejandro Magno como un discípulo de Aristóteles que compartía su visión de la geografía, que conscientemente trataba de comprobarla o ampliarla, y que tenía como propósito desde el principio la conquista de Asia. Todo esto es muy controvertido. Geus mismo afirma que se desconoce lo que Aristóteles enseñó a Alejandro y es de todos conocido que los tratados del Estagirita no fueron difundidos sino hasta mediados del siglo I, a. C. Es, en consecuencia, muy poco probable, si no imposible, que Alejandro columbrara la debilidad del Imperio Persa y supiera de antemano que lo iba a poder conquistar con pocas batallas. Finalmente, el regreso de la India a Babilonia a través de los desiertos de Gedrosia y Carmania con provisiones insuficientes, demuestra que Alejandro no tenía una idea clara del territorio que se disponía a recorrer ni asesores más sabios que sus exploradores.

8. El capítulo “Los Atálidas de Pérgamo”, de Elizabeth Kosmetatou (pp. 159-174), es criticable más bien por detalles que por el panorama general que presenta.

El epígrafe inicial, de Polibio, plantea de entrada la importancia de Pérgamo. El historiador de Megalópolis afirma (XXXIII.11.7-8) que Eumenes II y Atalo II heredaron un reino pequeño y lo engrandecieron. Nada puede desorientar tanto como esta cita, pues, aunque este historiador fue contemporáneo de estos reyes y testigo de su encumbramiento, éste se debió a que la dinastía de los Atálidas, desde la irrupción de Roma en la Grecia metropolitana, siempre estuvo aliada a los conquistadores. De hecho, su mayor expansión se hizo a costa de Antíoco III, el rey seléucida que, derrotado por Roma, tuvo que renunciar a todo su territorio al oeste del Taurus, es decir, a casi toda Anatolia, gran parte de lo cual se anexó a Pérgamo como premio concedido graciosamente por los romanos. Tanto el historiador antiguo como la moderna, cuya obra reseño, omiten esto, que no es un detalle nimio.

La autora afirma que el fundador de la dinastía, Filetairo, era eunuco “según reportes” (“reportedly”, p. 159), pero este dato, como todos los de su vida, nos llega por información tan confiable como el resto: todo lo sabemos según reportes. Luego afirma Kosmetatou:

Puesto que los eunucos siguieron asumiendo posiciones altas en la corte, realizando con ello las fortunas de su parientes (Hdt., IV.43),

la familia de Filetairo puede haber escogido el camino cruel para él con la esperanza de que lo llevaría a una carrera brillante (p. 160).

Pero Filetairo nació once años antes de que empezara la expedición de Alejandro, y lo único que se sabe de esos años es el nombre de sus padres, su patria y que fue castrado, y se desconoce enteramente en qué circunstancias sucedió esto último, por lo que hacer especulaciones infundadas no tiene ningún valor cognoscitivo y más bien dan la impresión de que la autora sabe algo al respecto. De hecho, la primera noticia que se tiene de Filetairo es del 302, cuando ya tenía más de cuarenta años.¹¹

En este capítulo abundan afirmaciones tan cuestionables y subjetivas como éstas. Basten dos ejemplos más.

En la página 165 se afirma que después del año de 133, como consecuencia del testamento de Atalo III, que legó su reino a Roma, y ésta lo aceptó, se estableció la “Roman suzeranity in Asia Minor”. “Suzeran” es una palabra que el diccionario inglés ya citado define como “A feudal overlord” y añade: “En el uso reciente, con referencia a relaciones internacionales, un soberano o un estado que tiene supremacía sobre otro estado que posee su propio gobernante o gobierno, pero que no puede actuar como una potencia independiente”.¹²

Se puede alegar que antes y después de la muerte de Atalo III había polis independientes en Anatolia, pero parece más importante el hecho de que, como consecuencia del testamento de este rey, el territorio del reino de Pérgamo se convirtió en *ager publicus* y en la provincia romana de Asia, aunque es cierto que partes del reino fueron distribuidas entre los reyes vecinos.¹³ La palabra “suzeranity” es por lo tanto inadecuada para caracterizar esta situación.

Finalmente, Kosmetatou dice que la dinastía de los Atálidas fue la “más fotogénica y atractiva”. Ella misma expone su propaganda, así que parece irónico que la dé por buena y emita juicios tan subjetivos que carecen de valor. ¿Qué importancia tiene la simpatía personal que pueda inspirar la imagen de una familia que reinó hace más de dos mil

¹¹ Cf. Andreas Mehl, “Philetairos (2)”, *DNP*, IX (2000), col. 787.

¹² Vide, supra, n. 1.

¹³ Cf. Esther V. Hansen, *The Attalids of Pergamon*, 2a. ed., Ithaca, Cornell University Press, 1971, pp. 159-163.

años? Sólo el hecho de que puede servir para entender la ideología y sus efectos, siempre y cuando los historiadores no se dejen seducir por ella.

9. Pasando al capítulo sobre los ejércitos, conviene empezar por recordar que, en un artículo muy importante, Michel Austin explicó la importancia de la guerra para los reinos helenísticos.¹⁴ Con excepción de Macedonia, los estados en cuestión eran tierra conquistada con la lanza (δορύκτετος γῆ) y, en consecuencia, su institución más importante era el ejército, en su mayoría integrado por griegos. Por desgracia, Patrick Baker, en su capítulo sobre el tema (pp. 373-388) opta por concentrarse en los ejércitos de las polis con el argumento de que se desestima su persistencia (p. 374). Este fenómeno de la conservación de la polis ya ha sido tratado ampliamente. Está, para dar un solo ejemplo, el libro magistral de A. H. M. Jones, *The Greek city from Alexander to Justinian* (Oxford, Oxford Clarendon Press, 1940, reimpresso varias veces). El énfasis de Baker no se justifica, sobre todo por la reciente aparición de un capítulo de John Ma sobre el mismo tema.¹⁵ Los lectores de un vademécum esperan un tratamiento objetivo y completo, aunque no sea original e incluso caiga en lugares comunes. En la bibliografía falta el libro compilatorio de Edmond van't Dack, *Ptolemaica selecta. Études sur l'armée et l'administration lagide*, Leuven, Peeters, 1988, que contiene un artículo importante: "Sur l'évolution des institutions militaires lagides", pp. 1-46.

El resto de los capítulos es menos criticable. Su contenido se expone en el orden en que aparecen.

10. El capítulo introductorio de Andrew Erskine (pp. 1-15), útil revisión de las fuentes, tiene muchos antecedentes.¹⁶ Su mayor originalidad consiste en el enfoque sobre fuentes asiáticas (pp. 12-14). Sin embargo, me parece necesario tomar en cuenta a Diodoro como historiador helenístico pues era ciudadano de Agrigento, en Sicilia, y su obra es un ejemplar de primer orden de la prosa helenística, aunque no tanto por su calidad sino por ser sus ejemplares escasos. Además, fue contemporáneo de Julio César, así que por la cronología también cae en el

¹⁴ "Hellenistic kings, war and the economy", *CQ*, XXXVI, 1986, pp. 450-466.

¹⁵ "Fighting poleis in the Hellenistic world", en Hans van Wees (ed.), *War and violence in ancient Greece*, London, Duckworth, 2000, pp. 337-376.

¹⁶ Véase mi reseña de Shipley, en *Noua tellus*, 20-1, 2002, pp. 207-208.

ámbito del periodo helenístico. Su calidad como historiador, que me parece injustamente menospreciada, es un elemento de consideración menor.

11. La parte narrativa (pp. 17-102) es una exposición clara y al día del asunto. David Braund expone el periodo de los diádocos en el capítulo “Después de Alejandro: la emergencia del mundo helenístico, 323-281” (pp. 19-34). Se trata de una buena síntesis con algunas debilidades de redacción, como cuando se dice, en referencia a Antípater:

Todavía estaba en Grecia, aunque Alejandro había emprendido su destitución (animando rumores de que había matado a Alejandro, ni más ni menos...) (p. 22)

Obviamente, Braund debe estar pensando en Pérdicas, el regente a la muerte de Alejandro o, si no, se ha de referir a intentos (¿todavía no consumados?) de matar al rey.

12. Sheila Ager se ocupa (pp. 35-50) del periodo más oscuro de la época helenística, que abarca desde la muerte de Seleuco I (281) hasta la batalla de Rafia (217). Droysen lo llamó el periodo de los epígonos y se caracteriza porque el único relato continuo de él son las *Historias filípicas* de Pompeyo Trogo resumidas por Justino (XVII-XVIII y XXII-XXX), que Ager llama “el más morbosamente sentimental”, pero añade:

es verdad que el siglo III sí ofrece alguna compensación por la falta de fuentes literarias en la riqueza de los papiros e inscripciones sobrevivientes.

Ager es una epigrafista de renombre y está bien calificada para cumplir con la tarea que se plantea. Concluye que si en este periodo hubo balance de poder, no fue consecuencia de una política consciente, sino de la falta de capacidad de algún reino para imponerse a los otros. Aprovecho la ocasión para hacer la observación de que no es cierto, como afirma Polibio (y Ager), que en la batalla de Rafia por primera vez participaron como hoplitas soldados egipcios bajo un rey helenístico (Plb., VI.63-7), pues ya un siglo antes, en la batalla de Gaza, hubo egipcios completamente armados (D.S. XIX.80.4).

13. El capítulo IV trata de la conquista romana de Grecia y Macedonia (pp. 51-70), y lleva el título neutro de “La llegada de Roma.

Desde las guerras ilirias hasta la caída de Macedonia”. Su autor es Peter Derow y el tema es prácticamente el mismo que el de las *Historias* de Polibio, aunque este autor prolongó su obra hasta el año 145 (I. 1-5 y III. 1-5). A pesar del título, Derow se ocupa del tema siguiendo la posición de William Harris,¹⁷ y pone el énfasis en el carácter expansivo de Roma sin dar crédito a la propaganda imperial.

14. El capítulo V se intitula “Sometimiento y resistencia: hasta la muerte de Mitrídates” (pp. 71-90) y fue escrito por Brian McGing. Él sostiene, con razón, que a raíz de la batalla de Pidna (168) y de la división de Macedonia, la supremacía romana era indiscutible pero que, sin embargo, hubo cinco guerras importantes, y que la consecuencia de éstas fue la expansión territorial de Roma. Obviamente, tiene toda la razón.

15. Claude Eilers se encargó de escribir el capítulo “Un Oriente romano: del arreglo de Pompeyo a la muerte de Augusto” (pp. 90-102), que es la fase final de la época helenística. El tratamiento es correcto, pero parece faltar un *leitmotif*.

16. Con este capítulo se termina la parte narrativa. La de reinos y dinastías se abre con un capítulo sobre “Los Ptolomeos y Egipto”, de Dorothy J. Thompson (pp. 105-120), que es una síntesis clara del estado actual del conocimiento.

17. Michel Austin escribió el capítulo VIII, consagrado a los Seléucidas y Asia (pp. 121-133). En sus conclusiones, dice:

Los puntos de vista modernos se han desplazado con las percepciones cambiantes del ‘mundo helenístico’. No ha emergido consenso alguno y puede esperarse que el debate continuará (p.132).

Ésta es la expresión, tan necesaria como ausente en otras partes del libro, del ocaso del parámetro de Droysen, y de la falta de disposición de los historiadores actuales a plantear problemas y proponer hipótesis y teorías (Finley las llamó modelos) para explicarlos. La historia se vacía así de sentido y pareciera que no la hace el hombre. En todo caso, dada su posición, es innegable la utilidad de la síntesis.

¹⁷ William V. Harris, *War and imperialism in republican Rome 327-70 B.C.*, Oxford, Oxford Clarendon Press, 1979, reimpresso y traducido al español: *Guerra e imperialismo en la Roma republicana*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1989.

18. Joseph B. Scholten es el autor del capítulo siguiente, sobre “Macedonia y el continente, 280-221” (pp. 134-158). En él es de deplorar que no se tome en cuenta el cuidadosísimo trabajo de André Aymard, *Les assemblées de la Confédération Achaienne. Étude critique d’institutions et d’histoire* (Bordeaux, Féret, 1938). La elección del periodo entre 280 y 221 queda inexplicada. Ciertamente, se sabe que la invasión de los celtas al extremo sur de los Balcanes ocurrió en 280 y que en 221 murió el rey de Macedonia Antígono III Dosón, a quien sucedió Filipo V, pero esto inexplicadamente deja sin tratamiento los más de cincuenta años entre la muerte de Alejandro y la llegada de los celtas, y los más de doscientos años entre el ascenso de Filipo y la muerte de Augusto, periodos en los que también ocurrieron desarrollos políticos y constitucionales de agrupamientos de polis en estados federales y de surgimiento de ciudades.

19. Pasando a la tercera parte, el capítulo XI versa sobre los reyes (pp. 177-195). A su autor John Ma, le gusta usar frases coloquiales (dos en la p. 178, por ejemplo), oscuras para quienes no son hablantes nativos del inglés, y adopta un tono jocoso impropio de una obra de pretensiones serias (por ejemplo, en la p. 179). Se trata de un análisis de la diversidad y la unidad de los reyes como cabezas de estados “que fueron las fuerzas dominantes en la alta política de este periodo” (p. 178). Hubiera sido interesante ver qué elementos de estas instituciones (si acaso) fueron adoptadas por Augusto y transmitidas a los emperadores romanos. En la bibliografía (pp. 194-195) se nota la ausencia de la obra de C. Bradford Welles, *Royal correspondence in the Hellenistic period* (New Haven, Yale University Press, 1934, reimpreso) que, en cambio, aparece, en las abreviaturas de las obras de referencia (p. XXVII).

20. Richard Billows escribe el capítulo sobre ciudades (pp. 196-215). Sin un solo argumento, el autor usa la expresión “ciudad griega” para referirse a su tema. Me parece preferible seguir el uso introducido en el siglo XIX y utilizar la palabra polis para referirse al aspecto político, porque no todas las ciudades eran polis: El Pireo era una ciudad, pero no una polis; Delos, a partir de 167 dejó de ser polis, sin que cambiara un ápice su status urbano. En cambio, sí tiene razón Billows cuando habla de este periodo no como el fin de la polis, sino como el de su apogeo; efectivamente, nunca hubo tantas ni tan pobladas como en este periodo. Que el autor quiere precisamente fundir (y

confundir) hechos de distinta índole se refleja en los títulos de las partes del capítulo, pues el primero se intitula “La extensión geográfica y el tamaño de las ciudades griegas” (de tema político y urbanístico), “Planeación urbana e infraestructura física” (urbanístico) y “Vida cívica y cultura urbana” (político y urbanístico). También había ciudades que no eran griegas y que, en consecuencia, no tienen cabida en este capítulo a pesar de su título (“ciudades”).

21. “El pasado en un presente helenístico: el mito y la tradición local”, de Tanja S. Scheer, es el capítulo XIII (pp. 216-231). Se trata de uno de los mejores, y su contenido puede resumirse citando su conclusión (p. 231):

La ampliación del sistema mítico de coordenadas ayudó a los habitantes de ciudades con una antigua tradición griega, de Argos a Tegea, a reconciliarse con el presente helenístico mirando hacia el pasado mítico.

En efecto, los griegos creían en sus mitos, y éstos no eran canónicos ni fijos, por lo que podían ser desarrollados para explicar el presente, y eso fue lo que ellos hicieron para definir las relaciones ideológicas y diplomáticas entre la nueva y la vieja Grecia.

La autora toma como ejemplos ilustrativos el reino de Pérgamo, del que presenta una visión más iluminadora que la de Kosmetatou (pp. 220-226), y las ciudades de Cilicia.

22. Jane Rowlandson escribió el capítulo XV sobre “ciudad y campo en el Egipto ptolemaico” (pp. 249-263). Éste tiene la forma de una narración ilustrada con ejemplos; en su mayor parte, testimonios papirológicos. Se ocupa primero de las (pocas) ciudades y luego del campo. Por desgracia, la autora opta por dejar implícitos sus supuestos, pero llega a la acertada conclusión de que la interacción entre griegos y egipcios era un proceso muy complejo. En dos ocasiones cita documentos refiriéndose a la excelente antología de Michel Austin (pp. 253 y 261),¹⁸ que suele ser accesible sólo en países de habla inglesa, por lo que el lector de otra lengua y de otros países no podrá saber de qué documentos se trata.

23. Erich S. Gruen es un historiador que se caracteriza por subestimar

¹⁸ *The Hellenistic world from Alexander to the Roman conquest. A selection of ancient sources in translation*; Cambridge, Cambridge University Press, 1981, reimpresso.

las contradicciones.¹⁹ En su capítulo sobre “Griegos y judíos “ (pp. 264-279) afirma que Antíoco IV fue el único rey Seléucida que, excepcionalmente, profanó el templo de Jerusalén, y que no había contradicciones entre los judíos que vivían en Palestina y los de la diáspora, que ni siquiera se asumían como tales. Este capítulo, como aquellos sobre la religión discutidos arriba,²⁰ es crucial en la definición del helenismo. Para Gruen, la difusión de elementos de la cultura griega no suscitó conflicto alguno digno de mencionarse, y fue obra de judíos, mientras que los practicantes de esta religión se integraban en las sociedades cuya religión no compartían, aunque tendían a vivir juntos entre sí y apartados de los gentiles. Sólo se menciona de pasada a los fariseos (p. 270) y nada en este capítulo puede servir como explicación de la génesis del cristianismo.

24. El capítulo sobre “Los gálatas: representación y realidad”, de Stephen Mitchell (pp. 279-293) es uno de los más claros y tal vez el más didáctico. El autor empieza por explicar cómo los gálatas, al irrumpir en la Grecia metropolitana en 279 y, al año siguiente, en Anatolia, se convirtieron en el modelo del bárbaro cuya derrota confería legitimidad como reyes, primero a los diádocos y, posteriormente, a los Atálidas; luego contrasta esta visión con la realidad histórica con base en un fragmento de Memnón de Heraclea (del que se omite mencionar que es un resumen de Focio). En él se narra cómo un rey de Bitinia transportó a una tribu gálata al sur de su reino —en lo que se llamaría Galacia— para mantenerla como reserva de combate. A continuación expone cómo las mismas dinastías que basaban su legitimidad en su derrota, recurrían a los mismos gálatas como mercenarios. El capítulo termina con una breve exposición de su modo de colonización en relación con su sociedad, que consiste en la interpretación de un pasaje de Estrabón (XII.5.1 C 542), así como de datos obtenidos por la prospección arqueológica.

25. “Más allá de los griegos y bárbaros: Italia y Sicilia en la época helenística”, de Emma Dench, es el capítulo XVIII. Se trata de un fino análisis de fuentes, sobre todo arqueológicas, incluyendo muchas pinturas. Señala la autora que tanto las historias antiguas como las

¹⁹ Por ejemplo, véanse su artículo “The origins of the Achaean war”, *JHS*, XCVI, 1976, pp. 46-69, y su libro *The Hellenistic world and the coming of Rome*, 2 vols., Berkeley, California University Press (también hay edición en un volumen).

²⁰ Vide, supra, pp. 212-216.

modernas tienden a enfocar primero la historia de Grecia y luego la de Roma, sin tomar cuenta las diferentes regiones en las que florecieron. Por desgracia, ella también ignora a Diodoro y, en consecuencia, no nota que este historiador tan injustamente menospreciado inserta a Sicilia y el sur de Italia (la Magna Grecia, cuya variable identidad discute Dench en la p. 305) en el curso de su historia universal. Lo más interesante del capítulo es la exposición de cómo los restos arqueológicos permiten discernir una adscripción étnica griega o romana. En contraste con la mayoría de los capítulos restantes, siempre se explican los criterios de interpretación; se toma en cuenta el desarrollo ulterior de las culturas en cuestión, y nunca se pierde de vista la dimensión política del tema.

26. El primer capítulo de la quinta parte —sobre la familia— contiene la exposición más compleja de un asunto que se ha tratado con certitudes sin fundamento en la documentación. Con base en un conocimiento admirable de las fuentes epigráficas, van Bremen refuta la interpretación de una desintegración familiar y de una pérdida de raíces, y explica cómo persistieron los viejos valores familiares patriarcales, aduciendo ejemplos concretos y sin hacer generalización sin documentos adecuados. El único cambio que nota es el surgimiento de benefactores como consecuencia del influjo del patrocinio de los reyes y las reinas a favor de las polis. De hecho, las instituciones políticas y sociales ya existentes se vieron fortalecidas con ello. El autor, con excepción del campo egipcio, se concentra en el mundo de la polis, ya que sólo hay documentos suficientes sobre ellas.

27. El capítulo XXI, “Leyendo el paisaje: la arqueología de prospección y la ecumene helenística” (pp. 354-372), es peculiar porque no se ocupa, como los demás, de un tema, sino de un método. Aunque las autoras afirman que la prospección arqueológica empezó a practicarse a mediados del siglo xx (p. 355), el libro de una de ellas, Susan Alcock, intitulado *Graecia capta*, le dio un gran impulso.²¹ Las autoras argumentan que la prospección sirve para corregir la parcialidad de las fuentes escritas griegas y se les debe conceder la razón, con la salvedad de que no se debe perder de vista que lo que caracterizó al mundo helenístico era el hecho de que las clases dominantes eran griegas. Las

²¹ El libro de Alcock lleva como subtítulo *The landscapes of Roman Greece*, y fue publicado en 1993 por la Cambridge University Press.

autoras también ponen el énfasis en que la prospección permite ver el desarrollo regional de una manera diferenciada, pero no se puede decir, como afirma Jennifer Gates (p. 363), que:

la economía helenística es descrita con frecuencia como si fuera un sistema único y unificado con prácticas uniformes y propósitos extendidos a todo lo largo del Mediterráneo oriental helenizado.

Éste no es el caso del libro más importante sobre el tema, la *Historia social y económica del mundo helenístico* de Mikhail Rostovtzeff, autor que toma mucho cuidado en distinguir el desarrollo económico en cada área, así como tampoco del tratamiento más reciente, que ya desde su título —*Economías helenísticas*— toma posición en contra de las supuestas descripciones unitarias.²² Es una lástima que Gates no dé ni una sola referencia bibliográfica, así que el lector no puede corroborar esta afirmación ni saber en qué obras piensa la autora.

El capítulo consiste en tres estudios de caso, a cargo de una autora cada uno. Ellos versan sobre la interacción de pueblos y culturas en el reino del Bósforo (por Jane Rempel), las comunicaciones y el comercio en el desierto oriental egipcio (por Jennifer Gates), y los rastros arqueológicos de las rivalidades entre polis de la Creta oriental (por Susan Alcock). Los casos son sin duda interesantes, pero muy particulares, y su generalización a toda el área helenística implicaría publicar otro libro tan largo como el *Companion*. Es de mi opinión que ahora ya nadie duda de la utilidad y conveniencia de la prospección arqueológica, y que ya no se necesitan ejemplos para convencer a nadie, sino que más bien los historiadores de la economía antigua deben esforzarse por incorporar datos, tanto de las excavaciones como de las prospecciones, cosa que será difícil en tanto se sigan formando historiadores y arqueólogos como cultores de disciplinas totalmente ajenas entre sí, pero esto no lo puede cambiar un capítulo ni un libro.

28. El capítulo de Vincent Gabrielsen sobre la piratería y la trata de esclavos es uno de los mejores, porque no rehúye el uso de modelos,

²² El título original de la obra de Rostovtzeff es *The social and economic history of the Hellenistic world* (3 v., Oxford University Press, 1941; hay una segunda edición, de 1954, y una traducción al español en dos volúmenes, publicada en Madrid por Espasa-Calpe [1967]). El otro libro es *Hellenistic economies*, editado por Zofia H. Archibald y otros (London, Routledge, 2001).

aunque lo hace implícitamente, y expone con claridad un proceso lleno de contradicciones. Sus ideas se pueden resumir en dos: 1) durante toda la antigüedad, la libertad de las personas fue precaria, mientras que 2) la legitimidad de la piratería era una cuestión subjetiva. En esta segunda idea caben las contradicciones señaladas, puesto que los estados hegemónicos solían condenar a los que permitían la piratería, pero no por eso dejaban de sacar ventaja de ella. Es cierto, como señala el autor, que había esclavos occidentales vendidos en el mundo helenístico, pero la tendencia dominante, y con mucho, era la de vender esclavos orientales en Italia.²³

29. Rebecca Flemming abre la séptima y última parte del libro con un planteamiento de ciertas ideas generales sin reticencia alguna, y empieza hablando de cómo el imperialismo de los siglos XIX y XX incidió en el desarrollo del conocimiento sobre el mundo y la naturaleza para justificarse. La autora pudo haber generalizado aún más, pero hace referencia a obras recientes publicadas en Inglaterra y ello es bastante.

A continuación, la autora se sirve de esa idea para abordar tres aspectos de la historia de la medicina helenística: la disección y vivisección de humanos, la ampliación de la materia médica, y la relación entre religión y medicina. Su posición le sirve para iluminar esos aspectos sobre todo en su dimensión ideológica y en relación con los estados, sobre todo con los reinos helenísticos orientales.

Este capítulo es un ejemplo contundente de la utilidad de planteamientos generales y un cuestionamiento implícito a la actitud de autores como Reger.

30. En “Las instituciones de la filosofía helenística”, Phillip Mitsis critica las visiones de Nussbaum y Marrou sobre las escuelas filosóficas como instituciones estables, y propone una visión mucho más informal de ellas, cosa que parece muy justo. Es criticable el hecho de que cite a Hipóboto por una fuente secundaria (p. 478); también lo es el que no mencione siquiera el libro de Ferrary (*Philhellénisme et impérialisme*, Roma 1988, que aparece en la bibliografía general), ya que en general concuerdan en su punto de vista sobre las relaciones entre las escuelas filosóficas y la política ateniense.

²³ Cf. mi capítulo “La trata de esclavos y las rebeliones serviles”, en Alejandra Viguera Ávila (ed.), *Jornadas filológicas 2001. Memoria*, México, Universidad Nacional autónoma de México, 2003, pp. 45-53.

31. En cuanto al capítulo de Richard Hunter, es cierto que “nuestra visión de la literatura helenística está fragmentada y sesgada”, pero no “por los azares de la supervivencia” (p. 477), dado que en esta supervivencia tuvo un papel determinante la poca estima en que la literatura de este periodo y el dialecto común en que estaba escrita eran tenidos por los intelectuales griegos que vivieron bajo el Imperio Romano, en especial los que conformaron el movimiento conocido como la segunda sofística.

El capítulo de Hunter es excelente sobre todo por sus muy ilustrativas citas magistralmente analizadas por alguien que domina la teoría literaria contemporánea, y no cae en tecnicismos. Está dividido con base en características de la literatura del periodo en cuestión (tales como “ostentación y representación de sí mismo” o “comedia helenística”). Se trata de la mejor introducción al tema que conozco.

32. El capítulo de Andrew Stewart cierra brillantemente la parte discursiva del libro. El propio autor resume muy claramente el capítulo (p. 494):

Cuando pienso en el arte helenístico (lo cual es frecuente) pienso en el Laocoonte ... El estudio del arte helenístico en el segundo milenio se inicia y se acaba con él. Ninguna obra ha sido, por sí misma, más fértil o más controvertida ... Por lo tanto, quiero usarla como un trampolín para una *Ringkomposition*²⁴ milenaria. Después de esbozar su historia, quiero trazar el desarrollo y el estado actual del campo en su conjunto para terminar con tres ejemplos de las maneras en las que se está moviendo ...

Así, después de exponer históricamente los problemas que la interpretación del Laocoonte ha planteado y los intentos por resolverlos, afirma que ésta es la historia del arte helenístico en miniatura, y continúa asignándole las siguientes adjetivaciones al Laocoonte en particular y al arte helenístico en su conjunto:

- proteicos (el Laocoonte es simultáneamente “barroco” y “clásico”, helenístico y romano);
- geográficamente borrosos (esta reconocida obra maestra del arte helenístico fue encontrada en Roma y quizás fue hecha para romanos);
- cronológicamente precarios;

²⁴ Composición con estructura de anillo.

- de límites abiertos;
- intertextuales;
- resbalosos e
- impredecibles.

Algunos términos son objetables por imprecisos. Por ejemplo, ¿qué quiere decir que el Laocoonte y el arte helenístico son resbalosos? Sin embargo, es innegable que se trata de un juicio antidogmático que invita a la reflexión.

La exposición sobre el estado actual de los estudios del arte helenístico (pp. 506-507) es magistral y da un panorama general muy claro.

En general, éste es un capítulo de lectura estimulante.

33. La bibliografía general abarca más de cincuenta páginas (pp. 515-566) y contiene títulos en inglés, alemán, francés, italiano, ruso y neerlandés.

A continuación, hay un índice de materias y de nombres (pp. 566-588).

Es chocante que en un libro tan caro haya dos páginas de propaganda al final.

En general, se trata de una obra irregular que será sin embargo de consulta obligada para quienes quieran avanzar en el estudio del periodo. Su mayor cualidad es la incorporación plena de datos provenientes de la epigrafía. Quienes la consulten deberán ser conscientes de sus cualidades y sus defectos, y no deben considerarla una autoridad. Por todo ello, no parece aconsejable recomendarla a estudiantes o a personas que se inician en el estudio del mundo helenístico.

Ricardo MARTÍNEZ LACY